

tancia favorable al conde vino á agravar la situación de los contrarios.

Fernandez de la Membrilla y Gonzalo de Córdoba, que peleaban contra un peloton de doscientos soldados, lograron, tras una sangrienta lucha, encerrarlos en la iglesia, á la que trataron de prender fuego, en vista de lo cual, y quizás mirando por la suerte del templo, aquel puñado de héroes se rindió.

La noticia corrió como un rayo, pero no hizo desmayar al jóven capitan, que esperaba socorro de D. Alonso, sin saber que los emisarios que habia mandado á pedirlo habian sido presos por las gentes del conde.

En esta creencia redoblaba sus esfuerzos y caian los enemigos á sus piés, como las mieses cortadas por la hoz del segador. Sus fuerzas, sin embargo, se iban agotando, y sus soldados, en menor número, cayendo bajo los golpes de los del conde. Por eso, cuando vió llegada la noche y la falta de sus mejores soldados, empezó á hacer una retirada hacia el castillo, en el que logró encerrarse con los restos de sus huestes, á pesar de las intenciones de los del conde, que trataron de cortarle.

Con la ligereza de veinte años ganó las puertas del castillo, que no permitió cerrar hasta que entró el último de sus soldados. Una vez

en la torre, renovó el combate con más encarnizamiento, arrojando piedras, maderas ardiendo y toda clase de combustibles sobre los sitiadores. Estos, parapetados en las casas, contestaban con igual vigor con sus certeras saetas y algunos arcabuces.

De esta manera les amaneció, sin que cedieran los unos ni los otros. Al jóven capitan se le veia incesantemente entre las almenas, peleando como un héroe y esperando con ánsia el socorro deseado.

Los del conde asaltaron el castillo dos ó tres veces y fueron rechazados con grandes pérdidas.

En vista de esto mandó hacer alto y recurrió á otros medios.

La lucha parecia de titanes.

VI.

Cuando el jóven capitan entró en el castillo, se encontró frente á frente con Zoraida.

—No te escaparás ahora, le dijo.

—Pero sabré morir entre estos escombros.

La mora se estremeció, y una nube de dolor cruzó por sus ojos.

—Ríndete, y así te librarás de la muerte, Gonzalo.

—Yo no sé rendirme: mi hermano me socorrerá.

—Es imposible: tus emisarios están en poder del conde, que yo los he delatado.

—¿Qué has hecho, infeliz?

—Y yo he traído al conde y le he facilitado la entrada.

—¡Ah! ¿Qué dices?

—Me he vengado.

—¿Y si yo me vengo ahora?

—Eso quiero; has matado mi alma, mata mi cuerpo.

—¡Oh, estoy desesperado! me has vendido, me has hecho traicion, me has deshonrado.

—Es verdad: pues mátame; sí, yo buscaba eso; buscaba la muerte, que es lo único que me compensa la pérdida de tu amor.

—Quítate, mujer, no me precipites.

—Mátame ó te mato yo, porque te entrego á tus enemigos.

—Ya te he dicho que soy caballero.

—Y qué, ¿los caballeros no vengan sus injurias?

—Sí las vengan; así.

Dió una voz y acudió Figueroa, alcaide del castillo, al cual le dijo:

—Llévate esta mora y entrégala al conde de Cabra, su protector.

—¡Infame! dijo ella, he de aventar tus cenizas y he de maldecir tu espíritu; te aborrezco.

—Y yo te amo, Zoraida, y te respeto.

La mora salió llorando, no sin volver la vista atrás, contemplando la noble apostura del capitán, cuya figura era interesante.

Gonzalo se sintió enternecido.

Zoraida arrojó á sus piés el turbante de oro y grana que llevaba, y le dijo al marcharse:

—Pisa esa media luna, como yo pisaré tu cadáver.

VII.

Cuando Gonzalo volvió á la torre, vió salir á Zoraida del castillo enjugándose las lágrimas, y mirando aquellas almenas que dejaba para siempre, y en las que habia perdido su felicidad, su ventura, sus ilusiones y su corazón.

El jóven la miró alejarse con dolor, y acaso sintió un remordimiento; pero interiormente se dijo:

—Yo la recibí como un ángel y como un ángel la dejo ir. Ni las nubes que empañan el sol han empañado su honra.

Cuando la vió perderse entre las gentes del conde, volvió á emprender el combate con doble actividad.

Peleaba como un desesperado, como el que busca la muerte para vengarse de sí mismo.

Los soldados del conde peleaban detrás de los parapetos.

Los gritos atronaban el aire.

De pronto sonó una trompeta de parlamento.

El combate se suspendió.

Adelantáronse el hermano del conde y la Membrilla, y rogaron al capitán que se rindiese y entregase el castillo.

Para convencerle de que el socorro que esperaba no podía llegar, llevaban delante presos a los emisarios que él había enviado á D. Alonso de Aguilar.

Al verlos con sus ojos, dijo para sí:

—Zoraida no me engañó; la venta ha sido completa.

A pesar de eso, él no perdía la esperanza; le costaba trabajo rendirse, porque no era hombre que se doblegaba fácilmente á la adversidad, ni se convencía de que había peligros en la vida.

—¿Qué resolvéis? le preguntaron los del conde.

—Que moriré entre los escombros de este castillo, porque yo no sé rendirme, ni quiero.

—Es una temeridad, y lo conseguireis.

—Prefiero la muerte á la deshonra.

—Habeis peleado como un héroe, y nadie duda de vuestro valor.

—Deseo el combate: no veo porvenir más que en la muerte.

—¿Queréis un plazo?

El capitán se quedó pensativo; luego dijo:

—¿Qué plazo es ese?

—Veinticuatro horas; si pasadas éstas no habeis recibido socorro, os rendireis.

—Lo acepto, pero siga el combate.

Cada cual volvióse á su puesto, y se renovó la pelea; pero los del conde, á cubierto de los tiros de su contrario, sólo esperaban pasase el tiempo.

Los del castillo redoblaron sus esfuerzos, y gastaron cuantas municiones, armas y materias inflamables tenían.

Tres horas ántes de cumplirse el plazo, ya no combatían, porque ni armas les quedaban para ello. En su odio y su desesperación, hasta las espadas habían arrojado á sus enemigos.

El castillo parecía un cementerio.

VIII.

Pasadas las veinticuatro horas, se presentaron los del conde á reclamar la rendición.

Gonzalo giró la vista en su alrededor, y no

vió más que muertos, heridos, estenuados y hombres desarmados.

Entonces, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo:

—Que venga el conde de Cabra.

A poco se presentó el conde sobre su brioso caballo tordo, que Gonzalo reconoció desde la torre.

Entonces sacó del cinto el puñal, única arma que le quedaba, y la arrojó al campo desde su altura, diciendo:

—Ya que yo siga la suerte de la guerra, no quiero deshonorarte: quédate tú en libertad.

Después hizo girar el estandarte que flotaba sobre las almenas del castillo, y bajó lentamente su escalera.

Los soldados le siguieron mudos y cabizbajos.

El campo del conde estaba silencioso.

Pero era aquello una escena de dolor.

La puerta del castillo se abrió, y apareció Gonzalo, sereno, tranquilo, y con la dignidad retratada en el semblante.

El conde de Cabra se apeó del caballo y lo abrazó.

Al verlo bañado en sudor y en sangre, empolvado y todo desgarrado, le dijo el mariscal:

—«Primo, primo mío, así prendo yo á los

valientes, en el campo de batalla y con armas iguales; pero no en los cabildos y en los convites, desarmados» (1).

El joven se encogió de hombros y calló.

El conde aludía al hecho que tuvo lugar cinco años ántes, cuando D. Alonso de Aguilar lo prendió á él en un convite que dió el Ayuntamiento de Córdoba.

Hecha la entrega de cuanto de valor había en el castillo, D. Diego regresó á Baena cargado de botín y prisioneros, entre los cuales iba aquel joven á quien llamó su primo.

Al lado del conde iba Zoraida, llorando y diciendo en su interior:

—En lugar de matarle le abraza; si yo hubiera sabido esto...

D. Alonso de Aguilar sintió en extremo la prision de su hermano Gonzalo, á quien el conde tuvo preso tres años y medio, porque conocía sus relevantes prendas, y temía volverse á ver en las batallas con él.

La Reina Católica escribió una carta al conde para que lo pusiese en libertad, el cual obedeció al momento; y aquel joven, que pocos años ántes se había señalado por su valor y bi-

(1) Abad de Rute, *Historia de la casa de Córdoba*, M. S.

zarria en la batalla de Sierra de Yeguas, y ahora habia peleado en Santaella con tal heroicidad, fué conocido algunos años despues en todo el mundo bajo el nombre del Gran Capitán.

IX.

Al día siguiente de llegar á Baena, los mejores caballeros del conde con cien jinetes iban camino de Alcalá.

En medio de ellos iba una mora hermosa, que de vez en cuando se enjugaba las lágrimas.

Ni ella ni su caballo parecia que querian seguir adelante, como si una fuerza superior los quisiese volver atrás.

Así llegaron hasta las puertas de Granada, donde ellos se despidieron con el mayor dolor.

Zoraida, que habia rehusado toda clase de dadas del conde, sólo aceptó una cruz de oro para recuerdo de su martirio.

Al despedirse, dijo á Gonzalo el hermano del conde:

—Creo que nunca sereis feliz con vuestro primo Gonzalo, pero decidle que le perdono, y

lo juro por esta cruz que tanto venerais y beso con cariño (1).

La mora repartió sus anillos riquísimos entre los capitanes, para que los conservasen como un recuerdo suyo, y una gran cantidad de dinero entre los soldados.

Ya hemos dicho que era una princesa muy rica.

A poco de llegar á Granada, se casó con su prometido Almanzor Leon, secretario del rey, y cuentan que fueron muy felices.

Pero todos los días besaba la cruz que le dió el conde, y una cadena con un relicario que conservaba de Gonzalo.

A pesar de esto, todos los días subia á las torres de la Alhambra, para mirar el camino de Baena.

Al anocheecer, cuando ya no le veia, suspiraba y se alejaba con el corazón comprimido. A solas corria su llanto, pero nunca turbó la paz de Almanzor, que siempre la quiso con delirio.

Si ella sufrió, como cuentan las historias, los dolores los ahogó en su corazón, y nunca supo su esposo que el llanto de su mujer corria en silencio por otro hombre, que, despues de todo,

(1) El hermano del conde murió en la derrota de Moclin, en 1485.

como dice Herrera (1) «no lo había más perfecto en alma y en cuerpo.»

El conde de Cabra, que contaba entonces treinta y cuatro años, era un jóven apuesto y bizarro, cuyos hechos refieren las historias encomiando su valor y su bizarría, como lo prueban las muchas hazañas que llevó á cabo hasta la derrota y prision del rey Boabdil en los campos de Lucena (2).

Esto, unido al gran cariño que tenía á su primo Gonzalo de Córdoba y el temor de que don Alonso lo lanzara otra vez contra él rompiendo la armonía que ya reinaba entre ellos, hacía que lo retuviese en su poder, pero viviendo en su mismo palacio y teniendo toda la libertad que quería; en una palabra, el conde le trataba como á un hermano y no como á un prisionero.

La Reina Católica, que poco antes había reunido los reinos de Castilla y Aragon bajo sus dominios, comprendió desde luego lo que Gonzalo valia, y puso término á su prision y al

(1) Francisco Herrera, *Sumario de las hazañas del Gran Capitán*; M. S.

(2) Tenemos escrita la biografía de este conde, no publicada hasta hoy, para la obra titulada *Celebridades europeas*.

egoismo del conde, escribiéndole á éste la siguiente carta, además de haberle hablado de ello á D. Martin de Córdoba, hijo del conde, á quien éste mandó con una comision cerca de los reyes Católicos.

Hé aquí la carta:

«La Reina, etc. Conde pariente (1): Vi vuestra letra é oy lo que Martin vuestro hijo, de vuestra parte fabló, é en servicio de vos tengo lo que ya habeis fecho é faceis assi en el recibimiento del Mariscal por mi co regidor de Baeza como en las otras cosas de mi servicio é tal confianza he tenido é tengo yo en vos, porque siempre he conocido vuestro deseo é obras están mucho conformes para las cosas de mi servicio é ofreciendolo el caso vos sereis de ello remunerádo cerca de lo que é de la deliberacion de Gonzalo Fernandez yo fablé de él á don Martin é le mande que de mi parte os escribiese, yo de vos ruego é mando deis fé á lo que vos escribiese é en todo caso fagais esto del dicho Gonzalo Fernandez porque assi conviene é allende de esto me farcis en ello mucho é mas señalado servicio de quanto pensar podeis. De la ciudad de Sevilla á 30 de Setiembre de 1477.

(1) Los condes d: Cabra descendian de los reyes de Aragon; ó más bien éstos de aquéllos.

Yo la Reina. Por mandado de la Reina, *Fernando Alvarez.*

Cuando el conde recibió esta carta llamó á Gonzalo, se la leyó, y dándole un abrazo lo despidió verdaderamente enternecido. Gonzalo no quiso partir sin abrazar también á su prima, la condesa doña María de Mendoza, que sintió en extremo su partida.

Al día siguiente iba Gonzalo de Córdoba camino de Sevilla, á dar las gracias á los reyes (1).

EPÍLOGO.

Gonzalo y el conde de Cabra, cuyo valor corría parejas en aquellos tiempos, se encontraron muchas veces peleando contra los moros bajo la misma bandera, y ambos dieron muestras de lo que valían para la guerra. Gonzalo pudo más tarde dejar un nombre impercedero en la historia, y lo mismo el conde, á pesar de que le sorprendió la muerte en 1487, cuando sólo contaba cuarenta y nueve años.

(1) Esta carta inédita está tomada de la *Historia de la Casa de Córdoba*, del abate de Rute; M. S. de la Biblioteca Nacional.

LA TORRE DE LA MALMUERTA

Á MI QUERIDO AMIGO Y PAISANO

D. ANTONIO GONZALEZ UDELL.

I.

El país de las tradiciones es Córdoba.

Sin duda el haber tenido en ella gran preponderancia la raza árabe, y haber sido el emporio de su grandeza, ha contribuido á ello; siendo aquella raza tan propensa á consejas, cuentos y tradiciones, aquellas imaginaciones meridionales no podrian vivir sin extender de esa manera el vuelo de sus fogosas fantasías.

Por eso la historia de Córdoba es un arsenal completo de leyendas é historias maravillosas; muchas de ellas dramáticas y henchidas de un interés tan vivo como palpitante.

Salid por la puerta llamada del Osario, de dicha ciudad, y os encontrareis con una magnífica esplanada á manera de una extensa plaza

rodeada de casas y murallas y salpicada hoy de árboles frondosos; á la izquierda se encuentra el Hospicio, que ocupa el convento que fué de la Merced, edificio de sólida y bella construcción, que llena casi todo el ángulo de la izquierda: al frente de dicha puerta se levanta una antigua torre, esbelta y almenada, por entre cuyas grietas brotan plantas y arbustos, semejando algunas veces en las tardes primaverales un tiesto de albahaca. El campo de la Merced, llamado así por el convento que hemos dicho, se destaca en uno de sus costados; ofrece en la estación de los encantos un golpe de vista delicioso, cuando sus álamos, sus acacias y sus naranjos se visten de flores y verdura, y á través de su ramaje se dibujan las sinuosidades de Sierra Morena, salpicadas de huertas y jardines, entre los que blanquean centenares de casas de recreo que, como hermosas palomas, parece que vuelan por la espesura aspirando los aromas de sus limoneros, que embalsaman hasta los ámbitos de la ciudad.

La *Torre de la Malmuerta*, que se levanta negruzca y majestuosa al Este de dicho campo, es de figura octógona, apoyándose en un arco que corta la muralla que va á descansar en la puerta nombrada del Rincon. Hasta la altura del arco está maciza, pero luego aparece

hueca en su interior, formando una media naranja primorosamente labrada de sillaretes, y con una puerta en uno de sus lados que dá paso á una escalera que conduce á su plataforma, desde la que se divisa un hermoso panorama á través de sus almenas.

Bajo el arco forma un recuadro, en el que aparecen las armas reales y una inscripción casi borrada, que dice así:

«En el nombre de Dios: porque los buenos
»fechos de los Reyes no se olviden, esta torre
»mandó facer el muy poderoso Rey Don Enri-
»que, é comenzó el cimiento el Doctor Pedro
»Sanchez, Corregidor de esta Cibdad, é comen-
»zóse á sentar en el año de Nuestro Señor Jesu
»Cristo de MCCCCVI años é sendo Obispo Don
»Fernando Deza, é oficiales por el Rey, Diego
»Fernandez, Mariscal, Alguacil Mayor, el Doc-
»tor Luis Sanchez, Corregidor, é Regidores
»Fernando Díaz de Cabrera, é Ruy Gutierrez...
»é Ruy Fernandez de Castillejo, é Albanso... de
»Albolafia, é Fernan Gomez, é acabóse en el
»año de MCCCCVIII años.»

En el archivo municipal de Córdoba existe un privilegio de 1405, en que D. Enrique manda destinar á esta obra el producto de multas á los thaures y garitos.

Esta es la historia de la *Torre de la Mal-*

muerta; pero como lo extraño de su nombre ha dado que pensar al vulgo, siempre propenso á forjar novelas sobre lo que no comprende, de ahí las leyendas que corren sobre el origen de esta torre y el misterio de su nombre.

Creen algunos, como tradicion, que si alguno pasase sobre un caballo á escape bajo el arco, y leyese la inscripcion citada, seria feliz, porque la torre se hundiria con horroroso estrépito, apareciendo entre sus ruinas un inmenso tesoro que seria entregado al que tal cosa llegase á lograr.

II.

Era una noche de Enero de 1405.

La lluvia caia á torrentes y el campo de la Merced era de vez en cuando iluminado por la siniestra luz de los relámpagos que brotaban de aquella preñada atmósfera, como si fuera una boca del infierno.

El estampido del trueno que rodaba sin cesar, apenas dejaba oír la plegaria que al son del órgano elevaban á Dios los atemorizados frailes en el convento.

Este permanecia cerrado, pero por las rendijas de las puertas de la iglesia se veia que ésta se hallaba iluminada.

El viento, ó más bien el huracan, hacia so-

nar las campanas que parecian vibrar ecos lastimeros.

El campo de la Merced, ménos habitado entonces que ahora, y ménos accesible al tránsito de las gentes, aparecia en medio de aquella solitaria oscuridad con un aspecto lúgubre y aterrador.

El vendabal silbaba en las almenas de un vetusto palacio que se alzaba en el lugar que hoy ocupa la *Torre de la Muerta*, como si quisiese arrancarlo de sus cimientos para vengar algun ultraje, ó castigar algun crimen cometido dentro de sus muros.

Eran más de las doce de la noche, y nadie se atrevia á pasar por aquel campo, donde reinaba la oscuridad más medrosa. Ni los rondadores nocturnos, tan dados á toda clase de aventuras, se atrevian á cruzar aquel desierto, ni á arrostrar aquel peligro, sobre el que parecia se cernian la desolacion, la muerte, la soledad y el exterminio.

El huracan que azotaba el palacio, lanzó de pronto un horrible y ronco silbido: el palacio pareció estremecerse hasta en sus fundamentos, y una de sus ventanas abrióse con estridente estrépito.

Las puertas de ella crujiéron, y arrancadas de sus goznes volaron en alas del aquilon.

como si éste quisiera poner de manifiesto la escena espantosa y de terror que dentro tenía lugar.

En efecto, divisóse á lo léjos un lecho, y sobre él un bulto inmóvil como si fuera una víctima de la muerte.

Cuatro hachones encendidos dejaron comprender aquel triste espectáculo por un instante, pues otra ráfaga de viento, que penetró por la ventana, apagó las luces, quedando la habitación en las tinieblas como la boca del sepulcro.

Ni una voz, ni un grito, ni el más ligero rumor se oyó dentro del palacio, y su cóncavo salón permaneció sin luz y silencioso.

¿Qué pasaba dentro de aquel palacio encantado? ¿Qué misterio se obraba en él? Empezaremos por el comienzo de la leyenda, para llegar al fin, que es sin duda el que estamos viendo.

La tradición es demasiado dramática, pero el vulgo la cuenta así y es preciso atenerse á su relato, por más que hayamos adoptado una forma más en armonía con las exigencias de las modernas costumbres.

III.

Apénas desaparecieron los últimos rayos del sol, una sombra oscura se extendió sobre la vieja Córdoba, como un velo de crespon.

En la ciudad se oía el alboroto y la algazara naturales en la noche en que se celebra la Pascua de Reyes.

Mientras el populacho se divertía entre el júbilo y el contento en los barrios de la ciudad, el palacio de la Merced permanecía mudo y silencioso.

En el salón del expresado palacio se hallaba una jóven enlutada escribiendo.

—Hacé más de quince días que Ruy Gutierrez se fué á la guerra, y no me ha escrito, á pesar del delirio que tenía por mí; se dijo la jóven enjugándose las lágrimas.

Aquella mujer, triste y abatida, era alta, esbelta, de ojos negros, grandes y rasgados; el pelo á ondas, como si estuviera hecho de sortijas.

No había concluido de escribir la carta, cuando entró un criado y anunció:

—El señor Corregidor.

Antes que doña Luz se pusiera en pié, por que aquella jóven de singular belleza se llamaba